

LA IV FERIA INTERNACIONAL DEL CAMPO, EXPOSICIÓN DE LA RIQUEZA AGRÍCOLA Y GANADERA

Cerca de treinta países concurren al Gran Certamen

Madrid inauguró este año su magnífico pabellón

Cientos de miles de personas visitaron las instalaciones

El propósito que perseguía la Organización Sindical al poner los cimientos de la I FERIA INTERNACIONAL DEL CAMPO no pudo ser más generoso, más oportuno y más bello: reunir en un amplio recinto lo más representativo del agro español junto con lo más notable que la técnica construye al mejor servicio de la agricultura y la ganadería. La FERIA DEL CAMPO

ha estado, una vez más, en las puertas mismas de Madrid y ha sido —como las anteriores ediciones— el exponente de nuestros campos y nuestra ganadería, en fraternal unión con países que han querido asomarse al ventanal abierto del Ferial.

Desde 1950, en que se inició la gran aventura, este esfuerzo y este trabajo no se ha interrumpido. Al principio

—siempre es bueno hacer pequeña historia— fueron sólo 150.000 metros cuadrados de superficie lo que abarcaba la FERIA, 42 pabellones nacionales y 400 el número de expositores que tomaron parte en la I FERIA INTERNACIONAL DEL CAMPO. Fué el año de la iniciación. En mayo de 1953 —II FERIA— se pensó ya, con el éxito de la experiencia anterior, con más altura y ambición para organizar el certamen. Se amplió el terreno y, naturalmente, las instalaciones. De aquella superficie se convirtieron en 700.000 metros cuadrados. Las naves y los pabellones, por ejem-

plo, sumaron 212. Los expositores fueron 1.882 y la afluencia de público quedó registrada en esta cifra: 1.600.000 personas.

La tercera convocatoria encontró aseguradas la simpatía y la popularidad. Nació heredando el prestigio de los dos certámenes anteriores y cumplió fielmente su propósito de mejora. El terreno era el mismo, pero los pabellones se aumentaban a 327, los expositores a 2.886, estando presentes quince países. En 1956 se inauguraron tres Escuelas Nacionales: Avicultura, Hostelería y Cunicultura. Por si fuera poco, se creó la Escuela Nacional de Enología, que constituye una auténtica cátedra de experiencia y sabiduría del vino. Y llegamos a mayo de 1959...

TREINTA PAÍSES CONCURRENTES Y CIENTO MIL METROS CUADRADOS DE SUPERFICIE

La convocatoria estaba ya hecha: del 23 de mayo al 23 de junio, y el éxito estaba totalmente asegurado. Se amplía aún más el recinto; se rebasan ya los 850.000 metros cuadrados. Nuevos pabellones, nuevas casetas, más expositores, treinta países asistentes; se mejoran las conducciones de agua, se amplía el alumbrado, se intensifica la repoblación forestal, el número de cabezas de ganado sobrepasa las ocho mil. Y coincidiendo con el certamen, se celebra la Exposición Internacional de Ganado Selecto, la final del «raid» caballista Lisboa-Madrid y el I Concurso Hispanoportugués de Ganado Selecto...

Todo expuesto brevemente,

en síntesis casi. Luego, en recorrido somero, ¡tantas cosas por contemplar! Los grupos folklóricos de Educación y Descanso, los desfiles de ganados, la exhibición de carruajes, el museo de cera —innovación de la FERIA—, con figuras de la política, el espectáculo, los deportes; el museo del traje regional, los pabellones que nos ofrecen la nota del más puro sabor de cada tierra; Toledo, Asturias, Málaga, Valencia, Cataluña, Vizcaya, todas las provincias de España representadas, y para que aún, si es posible, las conozcamos mejor.

EL PABELLÓN DE MADRID

En esta FERIA DEL CAMPO, Madrid ha estrenado pabellón. La idea que ha presidido su edificación no ha po-

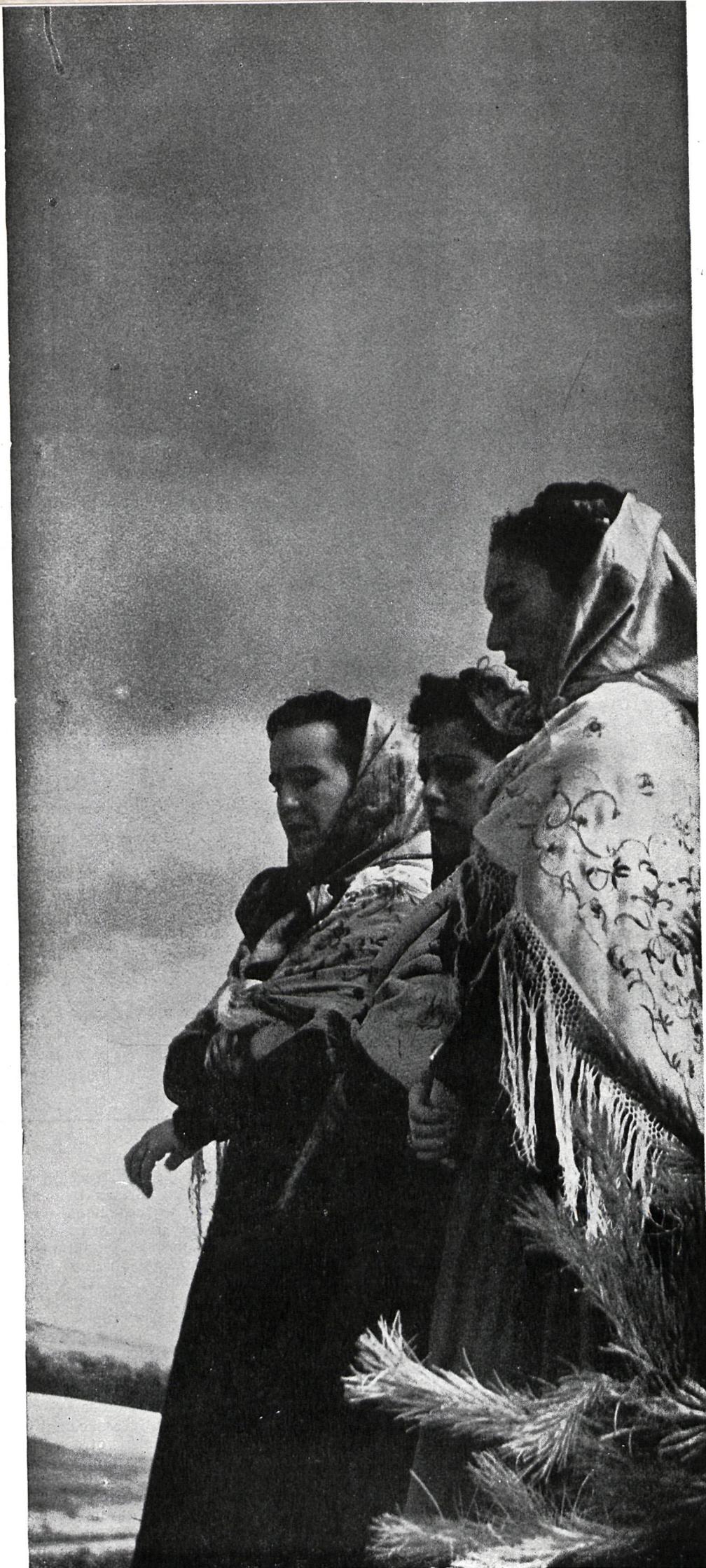
dido ser más acertada. Sobre un inteligente proyecto se alza el hermoso pabellón, inspirado en la sobria y típica arquitectura rural castellana, combinándose el arco de medio punto con la teja árabe para la cubierta.

El edificio consta de dos plantas y siete metros de altura y ocupa una superficie de 1.050 metros cuadrados. Enmarcan el edificio dos filas de «stands» exteriores, destinados a la exposición de productos. Entre éstos figuran todos los de la provincia: vinos, aceites, cereales, leguminosas, frutas, etc., etc. La confitería comarcal tiene también en el pabellón de Madrid una amplia representación: las almendras de Alcalá, las rosquillas de Fuenlabrada, los dulces de San Javier...

Para la construcción del magnífico edificio han colaborado estrechamente, además de la Cámara Sindical Agraria, el Ayuntamiento, Diputación, Gobierno Civil y otras entidades. El Ayuntamiento y la Diputación tienen sus salas propias, en las que exponen los productos del campo más peculiares de la provincia y diferentes gráficos y maquetas de sus organizaciones rurales.

La FERIA INTERNACIONAL DEL CAMPO ha sido, otra vez, el acontecimiento de Madrid y de España entera. El número de visitantes rebasa los cálculos más optimistas. La FERIA fué, en resumidas cuentas, magnífica vitrina para exhibir los productos de la riqueza agrícola y ganadera de España.

J. C. DE C.



LOS
VALORES
DE
LA
MUJER
CAMPESINA

FOTO
LOYGORRI

ES una expresión ya antigua, y que casi se ha hecho tónica, la de llamar «tentacular» a la ciudad populosa y fabril; la ciudad en la que se vive una apresurada vida, formada de externos signos sugestivos, la facilidad del espectáculo, la ganancia alimenticia, las vinculaciones heriles, los sueños y proyectos, de carácter casi siempre quimérico, con que se espera la llegada del día siguiente en las ciudades, principalmente por las ilusionadas mentes femeninas; todo esto genera el gran daño social moderno del éxodo que practica la población campesina hacia la ciudad. Y se llama a la ciudad tentacular porque, realmente, ella tiende sus tentáculos captadores muy lejos, muy lejos, hasta el mismo fondo de las aldeas dormidas, que despiertan a esta voz de sirena.

El remedio a este éxodo campesino es de una extraordinaria urgencia social, no ya por cuanto el daño se extiende a problemas prácticos e inmediatos, como el de la escasez de vivienda en las grandes ciudades y el acampar en los suburbios la población desarraigada de sus aldeas, sino además porque con la conversión de las poblaciones rurales en las adventicias poblaciones ciudadanas sin duda decrecen aquellos valores patrios de permanencia en el suelo, que han de albergarse en el pecho de la gente rural, con lo que padece sin duda, y aunque esto parezca un dicho excesivo en el sentido hereditario de la patria. En la permanencia del viejo ruralismo nacional, en la afección a la tierra en lo que es la vida lenta de los pequeños burgos, tiene una participación poderosa y decisiva la mujer campesina.

Es el ama, este ama rural de que se ha escrito tanto, tipo racial, que da título a una conocida obra benaventina. El ama no es meramente la dueña de una alacena, de unas tierras, en cualquiera de esos paisajes «serios» de Castilla, como decía Gabriel y Galán; no es tampoco «La perfecta casada», de Fray Luis, solamente, gran madre de hijos; es, además, la depositaria y poseedora de aquellos valores hereditarios por los que se mantiene en alta postura indestructible el alma nacional.

La vida de la mujer campesina, observada con el criterio frívolo de la gran ciudad, quizás parezca lenta y monótona. Está, contrariamente, revestida de las más poderosas normas de la virtud y de un sentido misterioso de poesía, casi siempre formada en el sacrificio. He aquí a la mujer campesina, toda ella raza, toda ella perennidad nacional, representativa profunda de los valores raciales, como hemos repetido ya, pero bien vale la pena de repetirlo. Habrá que observarla en las distintas horas de su jornada, y bien puede escribirse mejor su jornada, que es su día, porque son de trabajo las horas con que se les suscita cada sol. Hedla ahí, a la amanecida. Se levantará del lecho antes que cualesquiera otros de la casa, aún antes que el mismo hombre, que habrá de ir a sus faenas camperas poco después de la hora en que levantan el vuelo desde los surcos las alondras; preparará, como aquello que decía Fray Luis de la Perfecta Casada, el afrecho para las gallinas; visitará el corral con la primera luz malva del día; luego irá a abismarse en la contemplación de sus hijos, que todavía duermen en sus cunas. Será fuerte y valerosa; será dura para el sufrimiento; será callada para el sacrificio, pero será suave y humilde para el amor. La caridad será también una de sus mejores virtudes, y esta caridad no será meramente la virtud cristiana, que tal se llama, sino además una cierta vocación de nacional solidaridad con las otras gentes de su tierra y labranzas; una especie de sentido familiar traído a práctica social. Así no habrá en la aldea ni ricos orgullosos y excesivos, ni pobres perfectamente desamparados, porque si rica es ella, será el valimiento de los pobres, y si pobre, no será la envidiosa de los ricos. De tal manera se construye un ánimo social de valores afectuosos, generador inmediato de la paz social.

Esta mujer heroica y campesina perpetúa la hereditaria cultura nacional, entendiéndola por cultura, como hoy suele entenderse, aquella formación castiza que se hereda con la sangre y que es una postura de enfrentarse con el mundo, muy distinta de la otra acepción que se da a la palabra cultura, como copiosa instrucción y conocimiento de muchas cosas leídas. Sí, ella es la raza. Suele ser mujer sabedora, que no es precisamente la ignorancia la compañera ineludible de la virtud; pero aunque no tuviera conocimiento de cosas leídas, ella sería la misma familia. Esta sabiduría que no sabe lo que sabe, y que, sin embargo, encontrará siempre la ciencia de la norma moral aplicable a cada caso de la vida, con más precisión que lo darían libros de ética o de edificación moral.

Cuando el hombre torne de sus faenas campesinas, ella tendrá extendido el mantel para él y para los hijos, limpiísimo, humilde, ¿qué importa que no tenga orillos de encajes cortesanos?; y cuando con el rezo de gracias se alce el tal mantel, antes de la hora del sueño, ella, la última en dormir, cuando también ha sido la primera en amanecer, irá a rezar a la Virgen del lugar, que bajo antiguo fanal familiar la tiene, para pedirle el bien de los suyos y la prosperidad de sus tierras. He aquí el sentido de la patria. ¿No es precisamente la patria todo lo que hace esta mujer?

Exaltar a la mujer rural es, como se decía antes con frase tónica, «hacer patria». Importa mucho que esta mujer permanezca en sus castizos lares, y no venga a emborronar los altos valores nacionales que ella comporta, en el vano divagar de las aceras ciudadanas.

San Ignacio de Loyola, soldado de España

Nacimiento de los jesuítas y circunstancias curiosas en que se verificó la elección de su primer jefe supremo

EL 31 de julio del año 1556 moría en Roma, cuna de la cristiandad —ahora se cumplen cuatrocientos tres años—, el primer General de la Compañía de Jesús, nuestro gran San Ignacio de Loyola.

Mucho se ha hablado y escrito acerca de este gran santo español, fundador a principios del siglo XVI de la célebre Orden religiosa de los jesuítas, pero no así lo mismo de cómo llegó a formarse dicha Orden y las circunstancias verdaderamente curiosas en que se verificó la elección de su primer capitán.

Sabido es que la causa determinante de la aparición de la Compañía de Jesús fué la necesidad para el mundo católico de atajar los progresos de la Reforma en gran parte de Europa. De esta necesidad se hizo intérprete y ejecutor Ignacio de Loyola, joven perteneciente a ilustre familia guipuzcoana, que, dedicado desde la infancia al ejercicio de las armas, habíase distinguido desde muy mozo por su energía y valor a toda prueba, así como por sus dotes de mando.

Un conjunto de circunstancias que pudieran llamarse providenciales, determinaron la vocación religiosa en Ignacio de Loyola y su propósito de fundar una milicia de Jesús. Cuando los franceses invadieron el reino de Navarra en 1521, Ignacio acudió bajo las banderas del Duque de Nájera a la defensa de Pamplona. Durante las operaciones de asedio, en las que su fe y su valor brillaron con gran esplendor, una granada de piedra disparada por un mortero fué a herir al valiente soldado en la pierna izquierda, al mismo tiempo que una bala de cañón le fracturaba la derecha.

Sanó Ignacio de sus graves lesiones, pero quedó cojo. Apenas se levantó del lecho, hízose conducir a su casa de Loyola, donde sufrió todavía con admirable firmeza la dolorosa operación de que le estirasen la pierna derecha, encogida por la lesión, con una máquina de hierro, suplicio que no sirvió sino para aumentar la cojera del antes gallardo oficial.

Con objeto de distraerse durante el período de la convalecencia, pidió que le llevaran libros de caballería, mas como no los hubiese en la biblioteca del castillo, le dieron para leer la «Vida de Jesucristo» y el «Flos Sanctorum». La meditación sobre ambos libros engendró en el espíritu del inválido el irrevocable designio de hacerse caballero de Jesús y María. Dominado por esta idea, pasóse una noche entera velando sus armas a estilo caballeresco, ante un altar de la capilla, y cuando empezaba a amanecer, abandonó el castillo, luego de colgar sus armas en un pilar de la iglesia. La ruptura de Ignacio de Loyola con el mundo fué tajante y completa. Despidióse de sus antiguos compañeros de vida militar, renunció a unos amores que tenía con una muy hermosa dama de la Corte de Castilla, hizo regalo a un pobre de sus trajes de gala y, ciñéndose al cuerpo un tosco saco de lona, encaminóse a la villa de Manresa, en cuyo hospital maceró su espíritu y su carne con penitencia, ayunos y silicios. No satisfecho aún, mendigó el sustento de puerta en puerta, siendo apedreado muchas veces por los desalmados muchachos. Retiróse por último a una gruta cerca de la ciudad, y allí fué donde experimentó aquellos largos arrobamientos y éxtasis, según los que compuso su libro de los «Ejercicios Espirituales», obra maestra de la Cristiandad.

Hay en esta parte de la vida de San Ignacio un episodio poco conocido, y que relata en su famoso libro acerca del santo el padre Bouhours. Dirigiéndose cierto día Ig-

nacio de Loyola a Montserrat, caballero en una mula, acertó a encontrar a un moro de altiva presencia, y cuya cabalgadura aparecía ricamente enjaezada. Saludáronse los dos viajeros y, como llevaban el mismo camino, pusieronse a departir en amigable conversación. Esta recayó sobre cosas religiosas.

De los dos polemistas, era el uno un cristiano nuevamente convertido a la devoción más fervorosa, en tanto que el otro pertenecía a una de las congregaciones más fanáticas del Islam. Dadas estas circunstancias, no es de extrañar que la discusión alcanzara términos de gran violencia. Pero Ignacio obtuvo la ventaja sobre su adversario, quien se vió obligado a alejarse, no sin antes proferir horrenda blasfemia.

El caballero cristiano se preguntó si debía dar muerte al moro. Como en aquel preciso instante se bifurcaba la carretera, Ignacio sometió su decisión al juicio de Dios. Si su mula, dejada en libertad, seguía el camino llevado por el infiel, éste perecería en singular combate a manos del cristiano; en el caso contrario, Ignacio de Loyola dejaría entregado a aquél a la cólera celeste. La mula no siguió al sarraceno. Desde entonces el creyente prevaleció en Ignacio sobre el hombre de acción.

Los historiadores de la Compañía de Jesús nos presentan al fundador de la misma como persuadido de haberle confiado Dios la misión especial de la conversión de infieles.

Después de sufrir persecuciones en Alcalá y Salamanca, debido a que su extraordinario fervor religioso hacía infringir con frecuencia los reglamentos estudiantiles, ya dedicándose a conquistar prosélitos o a explicar los dogmas al pueblo, cansado de semejantes contratiempos, abandonó Ignacio su patria y se fué a pie a París, donde, no sólo acabó sus estudios con entero sosiego, sino que ganó para su doctrina a seis hombres ya notables: Pedro Lefèvre, clérigo saboyano; Francisco Javier, profesor de Filosofía en el colegio de Beauvais; el portugués Simón Rodríguez de Acevedo y los españoles Diego Láinez, Alfonso Salmerón y Nicolás de Bobadilla.

Con objeto de asegurarse la adhesión de sus compañeros, llevóse un día a una capilla subterránea de la iglesia de Montmartre, donde dijo Lefèvre la misa, y después de comulgar todos, hicieron voto de vivir en pobreza y castidad, de ir a Tierra Santa a convertir infieles y, en el caso de que esto no les fuese posible, marchar a Roma y ofrecer al Papa sus servicios y sus personas.

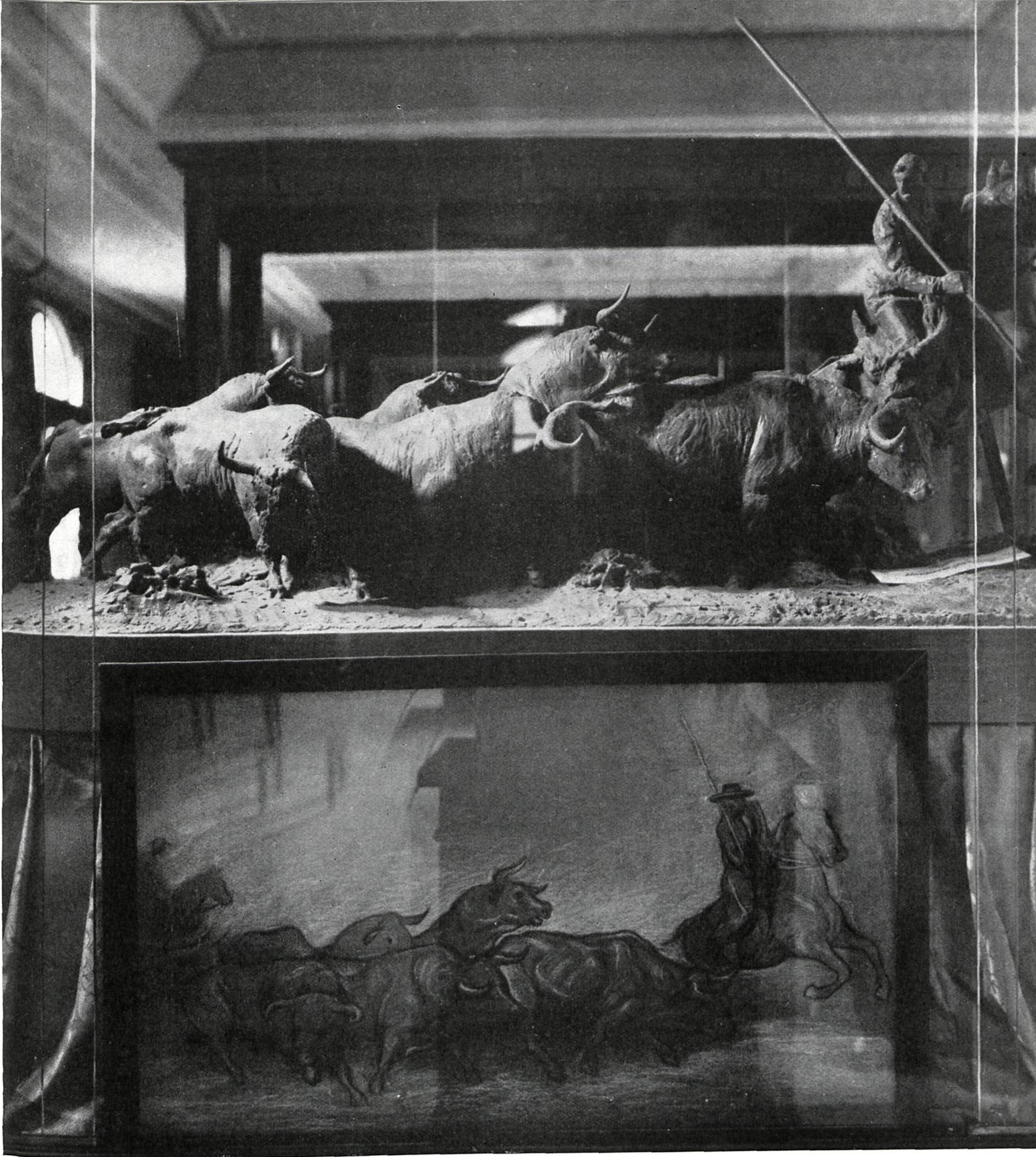
La Compañía de Jesús quedó así fundada el día 15 de agosto de 1543.

Faltábale, sin embargo, a la recién constituida Orden la aprobación pontificia, la que, no sin tener que vencer grandes dificultades, obtuvo de Paulo III, su ilustre fundador.

Era menester entonces dotarla de un general. Ignacio convocó en seguida a Roma a los compañeros, siendo lo curioso que sólo se reunieron seis, no obstante contar ya la Compañía con un número crecido de adeptos, que dieron por escrito sus votos, favorables todos a su organizador, quien tomó posesión del gobierno de la Comunidad el viernes 27 de abril de 1541, en la Basílica de San Pedro, fuera de los muros de Roma.

Acto seguido dedicóse por entero Ignacio de Loyola a escribir de su puño y letra, en lengua castellana, las Constituciones que habían de regir en la Compañía, y que no se publicaron nunca hasta después de su muerte.

E. MENDEZ-CONDE



Grupo escultórico y dibujo del boceto para el mismo "El Encierro", de Mariano Benlliure.

Un MUSEO *al* SERVICIO *de la* FIESTA



L Museo Taurino de Madrid cumple una de las aspiraciones más íntimamente unidas a la auténtica idiosincrasia española.

Teniendo en cuenta esta necesidad, el Excmo. señor Presidente de la Diputación Provincial de Madrid, Marqués de la Valdavia, tuvo la feliz idea de crear el Museo Taurino. Las obras de adaptación e instalación de este Museo quedaron terminadas a principios de 1950.

Para ello se formó un Patronato y un Comité Ejecutivo, que funcionó integrado por los señores siguientes: el ilustre Académico señor Cossío, conocido autor de la obra monumental sobre toros; Sancho Dávila, Conde de Colombí, Espinosa, Casanova y, como Presidente de la Comisión de Cultura, señor Casares. Para el primero fué solicitada y otorgada la Medalla de Honor y Gratitud de la Excm. Diputación.

La inauguración oficial tuvo lugar el día 15 de mayo, coincidiendo con las fiestas de San Isidro, y revistió especial solemnidad, con asistencia del Ministro de Educación Nacional, quien presidió el acto.

El Museo llegaba en un momento crucial de la fiesta española. Llenaba un vacío que ya dejaba sentirse en una fiesta tan nuestra, tan íntima, y que, a despecho de sus detractores, tan importante huella y tanto significado ha tenido y seguirá teniendo en el alma de lo nacional.

Su instalación es digna y merece nuestros mejores elogios. Consta de una sala sobriamente decorada, con grandes ventanales que dan amplitud y visualidad al conjunto de sus piezas. Tarea no fácil, porque dada la índole del tema que se pretendía tratar, hubiera podido degenerar en un «chin-chín» verbenero, sin el empaque y señorío que la fiesta de toros representa, y que los aficionados y continuadores deben

sobre todo respetar. Porque no debemos olvidar que el toreo a secas tiene algo de sentido religioso de un pueblo. No es sólo la fiesta bárbara y cruel que sus detractores han querido representar. Los toros son respeto y recuerdo, añoranza, ilusión y sentimiento.

De niños nos asombró con el juego rápido y certero del animal en el ruedo, y ya hombres nos emocionó con la más limpia de las emociones, sacando a relucir ese substrato de gallardía, sol, facundia y tradiciones que el alma española lleva como una capa de nobleza y pesadumbre.

¿Quién no ha soñado de una manera infantil en ser torero? ¿Cuántas historias, casi legendarias, se han creado en torno a sus figuras!

En nuestra infancia nos pegábamos materialmente a las verjas del parque madrileño del Retiro, con los ojos abiertos de la ingenuidad y de la ilusión, en las tardes cansadas de sol, para ver el paso de los toreros. Los otros juegos concretos de nuestra infancia quedaban inmediatamente atrás, en un lejano recuerdo, y los toreros ocupaban un primer plano de impresión. No conocíamos sus nombres ni mucho menos su historia: eso no importaba. ¡Era el torero..., el toro..., los pasodobles y la Plaza!... Era el recuerdo de la historia contada por nuestros padres, mientras el tiempo, el maldito tiempo traidor, nos iba llenando la cabeza de ensueños y aventuras realizables. Luego, después —ese después de la vida— nos demostró que nuestras impresiones de niño no eran falsas. Porque, cosa rara, no sólo nos defraudó, sino que corroboró la impronta inicial del ensueño.

Por eso, sólo elogios debemos tener a las personas que supieron plasmar de una forma concreto la caja de nuestro ensoñar. El Museo Taurino es una necesidad, y al plasmarla en realidades sólo elogios merece tal decisión. Tampoco pretendamos desorbitar el